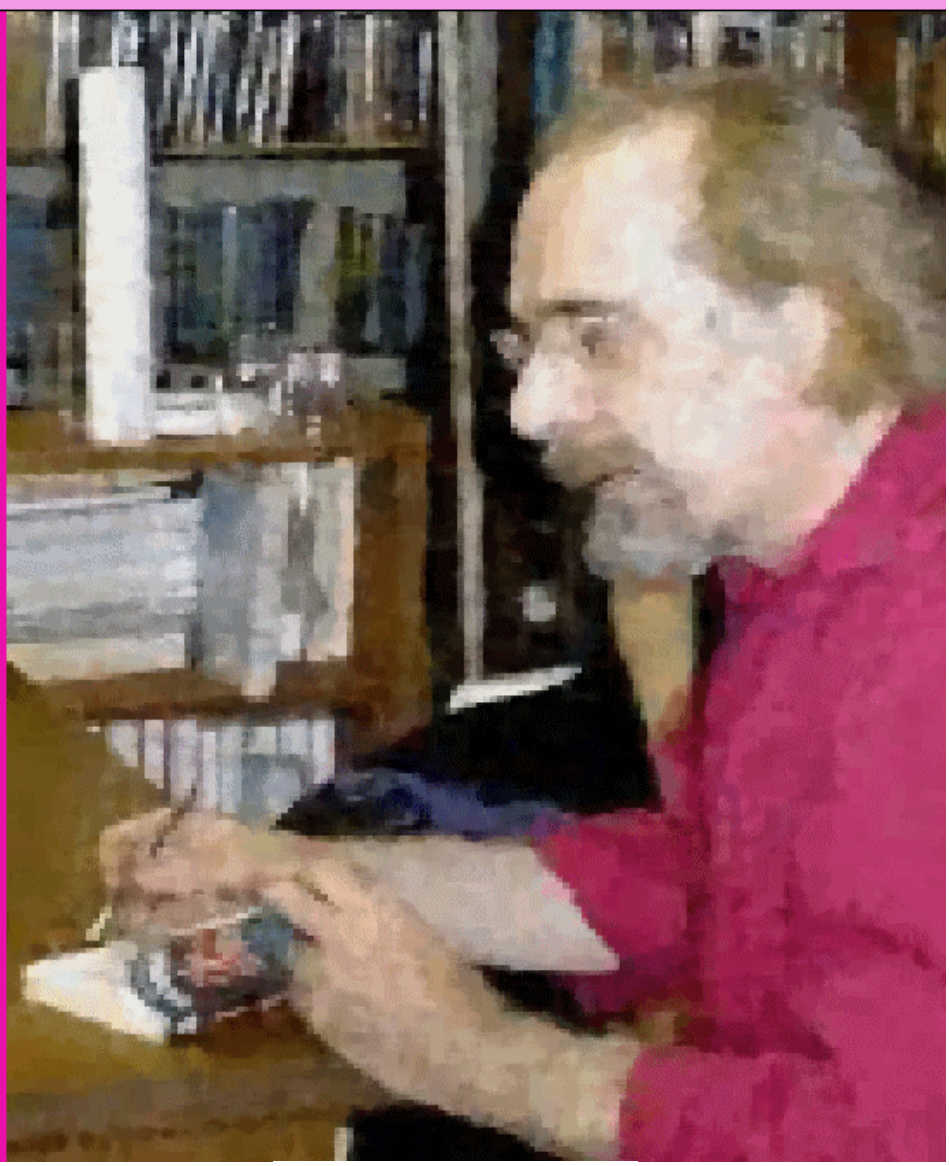
Ahí fuera
CHARLES L. GRANT

# AHÍ FUERA

CHARLES L. GRANT



*Digitalizado por* LIBROdot.com
*http://www.librodot.com*

Cuando Rick se miró en el espejo del cuarto de baño, había sangre en su mejilla. Contempló, fascinado, como sus dedos recorrían el arañazo sin tocar su piel, desde debajo del ojo derecho hasta el borde de la mandíbula. Pequeñas burbujas rojas resbalaban y temblaban por toda la superficie, y las secó con un pañuelo de papel, poniendo mala cara aun-que ni siquiera sentía el más leve picor.

«Qué extraño», pensó.

Inclinó la cabeza hacia la izquierda, alzando el corte a la luz que había encima del cristal, y probó desde el interior con la lengua. Sacó un pañuelo nuevo y frunció el ceño.

Decidió que tenía que habérselo hecho mientras dormía. Se miró las uñas roídas y se encogió de hombros: no estaban demasiado afiladas, pero podía haber sucedido en sueños. Podía haber tenido una pesadilla, manoteado y hacérselo sin darse cuenta. No le molestaba el hecho de no recordar la pesadilla. Sabía que las había estado teniendo desde hacía un mes, aproximadamente, pero cuando se levantó una mañana, habían desaparecido, y todo lo que quedaba de ellas era un residuo de aprensión que le había hecho mirar por encima del hombro una o dos veces antes de despertarse por completo, como si esperara que hubiera alguien en la cama junto a él.

No parecía serio, más que la presión del trabajo después de su decisión de aceptar un nuevo puesto en la sucursal de San Francisco de su empresa. La primera vez en casi dos décadas que viviría en otra parte.

Se tocó de nuevo el corte, arriba y abajo, y luego procedió a terminar su aseo, aplastándose el pelo más que peinándolo, lavándose los dientes sin apenas pasta, y enjabonándose la cara y secándola con una toalla con la que bordeó la herida cautelosamente, lo bastante cerca para quitar la costra de sangre seca y lo bastante lejos para no irritar el corte con el jabón. Cuando terminó, dio un paso atrás, se ajustó el nudo de la corbata, y alargó la mano para coger el traje que estaba colgado detrás de la puerta. Una vuelta rápida para buscar arrugas en los lados y detrás, y se marchó tras apagar la luz con una palmada.

La cocina estaba limpia, sin ser inmaculada, y cuando terminó el desayuno siguió igual.

El salón estaba limpio sin ser un escaparate, y mientras sorbía el café y miraba por la ventana, sintió gran satisfacción porque empezaba otro día.

Al otro lado de la calle había un edificio de apartamentos similar al suyo, todo hecho de ladrillos marrones y altas ventanas, en sombras hasta la mitad del alféizar, y persianas venecianas abiertas para capturar el calor de la mañana. Abajo, en la calle, los peatones iban ya de camino al trabajo, vestidos con abrigos de invierno, que llevaban, según advirtió, casi siempre desabrochados. Hacía frío entonces, pero no tanto como en los últimos días. Asintió aprobatoriamente y devolvió la taza al fregadero, la limpió, la dejó en el escurridor, y cogió su gabardina del armario. Se frotó rápidamente los zapatos contra las pantorrillas, se colocó la gabardina sobre el brazo, cogió el maletín y se marchó.

No había nadie en el ascensor. Una rara invitación: ninguna conversación artificial que mantener, nada de falsas sonrisas, ningún comentario sobre el tiempo. La única persona a la que le hubiera gustado ver esta mañana era Fred Alleta, un anciano que vivía tres pisos más abajo. Le gustaba pensar que era un amigo historiador, pero no lo había visto desde hacía algún tiempo, no contestaba al teléfono, y la mayoría de los vecinos pensaba que había decidido irse de vacaciones a su refugio de Maine, una casita en la costa donde iba a retirarse a final de año.

Rick no estaba preocupado. Tenía su propia vida para preocuparse, y Alleta era más que capaz de cuidar de sí mismo. Un recordatorio entonces para anotarse el punto de llamar a Fred antes de que se marchara definitivamente.

En el momento en que salió del ascensor, sintió como si alguien le hubiera atravesado la mejilla con un hierro candente.

Abrió la boca, se tambaleó, y se llevó instantáneamente a la cara la mano libre. La visión se le volvió borrosa por efecto de las lágrimas, y sacudió la cabeza para aclararla, dio un paso hacia el lado, tentativo, y se enderezó. Alguien le preguntó si se encontraba bien y

consiguió asentir, mostrar una sonrisa débil y murmurar algo relativo a que tenía dolor de muelas. Un segundo paso, un tercero, y el dolor remitió. Notaba la piel de la mejilla como si estuviera al rojo vivo.

«Dios», pensó, recuperando el paso y bajando la mano con cautela; tenía que haber sido una reacción tardía. Pero maldición, ¡cómo dolía!

A la primera oportunidad, se miró en un escaparate. No había sangre a la vista, sólo la línea roja que ahora parecía una cuchillada. Se en-cogió de hombros, se abrochó la chaqueta, y se dirigió al trabajo, a cinco manzanas de distancia.

Escuchaba los sonidos matinales que no habían cambiado en un centenar de años, escuchaba a los viejos murmurando para sí, y veía a las ancianas con su pintura de guerra dirigiéndose a los almacenes y apretando los bolsos contra sus estómagos como si estuvieran heridas. Sólo se detuvo una vez: cuando un trío de jóvenes, vestidos de cuero, con botas, y que lucían cadenas decorativas demasiado brillantes, le salieron al paso y se le quedaron mirando, esperando y sonriendo cuando él por fin se desvió y continuó andando con la cabeza gacha.

No pensó en ellos.

No se volvió.

Pero apretó los dientes y el corte de su cara restalló como un dolor de muelas.

«Jesús -pensó-; Jesús, eso duele.»

Y lo pensó una vez más cuando llegaba a su destino. Miró por encima del hombro y vio a los tres jóvenes subir a un autobús.

«Hermano» -pensó, y tocó la fachada de mármol en busca de suerte.

El edificio de oficinas era de cristal negro y cromo; el vestíbulo tenía plantas de adorno; los ascensores eran de bronce y madera; todos estaban llenos de presurosos trabajadores, ninguno de los cuales le habló mientras subía hacia su cubículo en el undécimo piso. Una vez allí, y después de colocar el maletín en su lugar apropiado junto a su mesa y colgar el abrigo tras la puerta, se sentó, tecleó unos amables buenos días en el terminal del ordenador, se echó atrás, y cerró los ojos.

El dolor había desaparecido, pero se sentía tan agitado como si hubiera corrido diez millas.

-Deberías dejar de vivir así, Rick -dijo una voz de mujer-. Es un infierno de productividad.

-Gracioso, Roberta, muy gracioso.

Abrió los ojos y dirigió una sonrisa amarga a la mujer de tez pálida. Hizo una mueca antes de sentir la puñalada en su mejilla y apenas pudo evitar tocarla con la mano.

Roberta Young se acercó a la mesa.

-¿Te cortaste al afeitarte?

El dudó antes de asentir.

-Estaba medio dormido. Cinco minutos antes y me habría cortado la garganta.

Ella soltó una risita y le colocó un montón de impresos por delante. -Bien, pues corta también todo esto, Ricky. Los jefazos de arriba quieren la información esta tarde.

El le dirigió el gruñido que sabía estaba esperando y cerró los ojos de nuevo esperando que se marchara.

-¿Qué quieres para almorzar? ¿Te apetece una fiesta de despedida?

-Dios -dijo él-. No me voy a ir en otros seis meses, por bocazas.

-De acuerdo. -Ella se encogió de hombros-. Entonces el almuerzo de siempre.

Él sacudió la cabeza, abrió los ojos, y señaló pesarosamente los impresos.

-Eres la responsable de tus propias malas noticias, chica.

Ella se llevó la mano al pelo y le dirigió un suspirito dramático.

-Eres un ermitaño, ¿lo sabías, Early? Eres un maldito ermitaño.

Tal vez lo era, pensó cuando ella se marchó, pero así resultaba mejor que antes. Mucho mejor. Así no le hacía tanto daño. Sólo el viejo Fred lo sabía, y por eso se habían vuelto... no

amigos, sino compañeros ocasionales. Pero nunca fuera. Siempre en el edificio que el anciano llamaba «el fuerte».

Y no pensó más en ello; y al final del día, cuando terminó el trabajo y los escritores recibieron sus datos, recogió su maletín vacío y regresó a casa para pasar la noche.

Puso mala cara al escuchar el estrépito del tráfico, se hizo a un lado para verse a sí mismo mezclándose con la masa, dirigiéndose hacia las esquinas, esquivando los taxis, apartándose de los autobuses que le echaban el humo a la cara; atravesó una cola ante un cine y vio los ojos, los ojos muertos, los ojos cansados, los ojos que le avisaban que siguiera andando, que no se molestara en pararse; una cola era una cola, y un hombre es un hombre por todo lo que importa.

Sonrió, se recuperó, y se fue a casa.

Cenó, vio las noticias, y decidió que le apetecía ir al cine. Hacía mucho tiempo que no iba, y aquello le ayudaría a hablar con los otros en la oficina. Sabía que pensaban que era raro; lo sabía, y había seguido trabajando sin preocuparse.

Estaba buscando el periódico cuando sonó el teléfono, una ocasión tan extraña que tuvo que mirarlo durante varios segundos antes de coger el receptor.

-¿Rick?

«No -dijo en silencio-; es el hombre de la máscara y el indio.»

-¿Qué quieres, Ann?

Hubo una pausa.

- No has cambiado. Siempre tan encantador.

- ¿Qué quieres? -repitió.

- ¡Dios! Todo lo que quería era darte las gracias por enviar el che-que pronto, eso es todo. Me hacía falta. ¡Dios!

El se hundió en el sillón y se quitó los zapatos.

-Lo siento. He tenido un mal día.

-Sí, claro. Bien, gracias de todas formas. Lo aprecio.

La urgencia por pedirle que le dejara de ir al cine, fue tan repentina. tan fuerte, que sólo pudo gruñir, y su ex esposa hizo lo que hacía normalmente: colgó, y él se quedó escuchando el dial durante otro minuto antes de volver a colocar al auricular en su sitio y volver a la televisión para contemplar las caras moviéndose.

A la mañana siguiente no vio el corte hasta que se metió en la ducha. y tuvo que frotarse el vientre con jabón para asegurarse de que no era una sombra, una que empezaba por encima de su cadera izquierda y se extendía casi hasta la ingle. Se miró las uñas, salió corriendo del cuarto de baño, y apartó la manta de la única cama que había en el dormitorio, donde no había más que un ropero de segunda mano. Palpó las sábanas, las apartó, buscando la protuberancia del colchón de debajo.

Cuando no encontró nada, rasgó la cubierta y lo intentó de nuevo, y frunció el ceño cuando su palma salió indemne.

-Señor Early -le dijo a su reflejo en el cuarto de baño-, debes de estar teniendo una pesadilla infernal.

Una pesadilla que le hizo caer de rodillas antes de llegar a la esquina, que le hizo arrastrarse en busca de su maletín en una perfecta mímica de un empleado torpe, que le hizo apoyarse contra una lámpara hasta que el calor remitió y su visión se aclaró y miró al cielo y vio los primeros copos de nieve cayendo.

Logró llegar a la oficina, pero no podía mantenerse en pie, y Roberta le siguió a su despacho.

-¿Sabes? Lo que necesitas es comer algo más que esas apestosas hamburguesas que te tragas. Conozco un sitio en Lexington donde...

El se sentó y se echó hacia atrás en el sillón. La miró con paciencia, esperando que continuara.

Ella estaba mirándole el estómago.

El bajó la vista y vio la sangre.

- Vamos -dijo ella urgentemente, y le agarró del brazo y le puso en pie-. Jesús, suelta el maldito maletín, ¿quieres? No va a marcharse, ¿sabes?

No discutió. Dejó que ella le condujera al recibidor, ahora vacío, y dejó que le tendiera en el sofá de plástico. Cuando ella le quitó la camisa con cuidado, sólo hizo un débil esfuerzo por detenerla, pero se detuvo cuando vio la herida y oyó su jadeo.

- ¡Dios, te han apuñalado!

Corrió en busca de la enfermera de la empresa, y mientras él se que-daba allí, preguntándose cómo podían haberle apuñalado sin que se diera cuenta, otros entraron, y le miraron, e intercambiaron la mirada. Murmuraron entre sí, no le hablaron; le miraban, y se miraban entre sí, y él por fin les gritó que se marcharan.

«No vi a nadie», se dijo, y cerró los ojos para recordar cómo había salido del edificio de la misma forma que siempre, verificando a los peatones, el tráfico, de camino hacia la oficina. Lo recordó todo, y no vio a nadie que hubiera estado lo suficientemente cerca para tocarle.

Nadie,

Y lo dijo en voz alta cuando lo llevaban al hospital, y lo vendaron, y lo enviaron a casa. Se lo dijo a Roberta, que se quedó con él, agarrándole la mano y urgiendo a los internos, animándolos, regañándolos, flirteando con ellos para que le dieran prioridad a su amigo.

-Deberías haber estado en el ejército -le dijo él más tarde, en el ascensor.

- No creas que no lo he pensado -respondió ella. Y cogió sus llaves, le ayudó a entrar, y lo llevó hasta la cama. Entonces buscó en su bolso y sacó una hoja de papel-. Voy a comprar esto, ¿de acuerdo? Vas a necesitarlo cuando pasen los efectos del sedante.

El sabía que su sonrisa era una simple bravata, pero se la dirigió de todas formas y sacudió la cabeza.

- No tienes que hacerlo. Ya me siento mejor.

Cuando ella le sonrió, lo hizo suavemente.

-Sé que no tengo por qué. Quiero hacerlo, Rick, ¿de acuerdo? Tengo las llaves. No hará falta que me abras.

Y se marchó. El olor de su perfume, su sombra todavía en la puerta.

-Bien -le dijo a la habitación-. Creo que has conseguido un ángel.

Era... extraño. Era... tal vez hermoso. Era bastante extraño que él no lo cuestionara hasta que se levantó y entró en el baño, cerró la puerta, y se desnudó. Entonces se miró en el espejo; sabía que la cicatriz era desigual, pero la mercromina en su piel y el bulto de las vendas le hacían parecer aún peor.

Pero nadie le había tocado.

Nadie.

Lo sabía.

Se quedó mirando durante otros diez minutos antes de regresar tambaleándose a la cama, a la almohada, a examinar el techo y las rendijas que conocía mejor que la palma de su mano. Preguntándose, y no que-riendo saber. Pensando, y tratando de evitarlo quedándose dormido.

Echó una cabezada hasta que Roberta regresó con las grandes píldoras de color naranja. Le hizo tomar dos antes de haberse quitado el abrigo. Luego cogió una silla de la cocina y se sentó a su lado, esperando que el medicamento empezara a hacer efecto, sin decir nada y diciéndolo todo con los ojos y la boca y con la forma en que sus rodillas se apretaban contra el colchón, tocando y apartándose, tocando y apartándose.

El cerró los ojos.

Durmió.

Se despertó poco después del amanecer y la vio arrebujada bajo una manta, aún en la silla, con el pelo despeinado sobre la cara y las manos bajo la barbilla.

En silencio, se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño, cerró la puerta, encendió la luz, y vio el corte que corría por todo su brazo izquierdo, desde el codo a la muñeca.

No estaba seguro de haber gritado, pero lo siguiente que supo fue que Roberta estaba a su lado, sin prestar atención a su desnudez, mientras seguía con un dedo la línea roja y sacudía la cabeza.

-Jesús.

El trató de reírse.

-Me atacaste cuando dormía.

-Apenas sangra. Tienes suerte -ella negó con la cabeza-. Dios, estás empezando a parecerte a Frankenstein, ¿sabes? Parece que te han ido cosiendo a parches o algo así. Dios.

-Creo... -Se pasó una mano por los ojos-. Creo que voy a sentarme.

Ella sonrió y le cogió por el brazo, le llevó de vuelta a la cama, y le sentó con cuidado, al mismo tiempo que le tapaba con la sábana hasta el regazo.

-Sonámbulo -dijo con un brusco movimiento de cabeza.

-¿Eh?

-Andas en sueños, tonto. Te mueves, te cortas, vuelves a la cama y no te das cuenta. Será mejor que tengas cuidado cuando estés en California, muchacho. Si te caes y te rompes el cráneo, la buena Roberta no estará allí para cuidar de ti. -Una risa. Se llevó un dedo a la mejilla-. O eso, o hay fantasmas. ¿Tienes algún fantasma por aquí, Rick? ¿Ha muerto alguien en esta casa en los últimos diez años?

Él se echó a reír. No pudo evitarlo, pues no sabía si ella hablaba en serio, y decidió que mejor que no lo hiciera.

-Odio decepcionarte, pero he estado viviendo aquí durante casi doce años. Y no creo que yo me esté encantando a mí mismo.

-¿Doce años? -ella se sorprendió, y miró a la habitación como si quisiera averiguar su edad.

-Tiene que ser sonambulismo -dijo él-. Claro, eso debe de ser.

En lo que a él concernía, nunca había andado en sueños antes, pero eso no significaba que no estuviera haciéndolo ahora. Tenía que ser eso. Los cortes y las magulladuras no aparecen de la nada, como los conejos de la chistera. Si era sonámbulo, tendría que ver a un médico; si continuaba así, se cortaría hasta matarse.

-Imagínate -dijo Roberta-. Doce años en un mismo sitio. En la ciudad. Es increíble, ¿sabes?

-Desde que mi mujer me dejó -dijo él, dejando que sonara en par-te como una cuestión de orgullo y en parte una sentencia que el juez había dispuesto-. Pero no me malinterpretes. Me encanta vivir aquí. Tengo un amigo que lo llama «el fuerte». Dice que mantiene a los indios a raya para que no consigan nuestros cueros cabelludos, si entiendes lo que quiero decir.

Entonces le hizo un gesto para que saliera de la habitación, se vistió, moviéndose con dificultad a causa del vendaje, mientras observaba su brazo y se arremangaba para que el corte quedara al descubierto. Cuando terminó, descubrió que ella estaba en la cocina, y el desayuno dispuesto sobre la mesa.

Quiso molestarse, pero no había desorden.

La sartén ya había sido fregada y estaba puesta a secar en el escurridor.

Se sentó, incómodo porque ella estaba aún allí.

-Vas a llegar tarde al trabajo.

-Sobrevivirán sin mí -contestó ella, sentada frente a él.

-No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

Su ceño fruncido era atractivo.

-Como dije ayer, lo hago porque quiero. ¿Quieres negarme el deseo de mi corazón antes de que te marches a California y me dejes para pasto de los buitres?

Se echaron a reír, extrañamente, y sólo se detuvieron cuando una vecina llamó a la puerta. Fred Alleta, dijo la mujer con los ojos enrojecidos, había sido encontrado muerto en su apartamento por su hija la noche anterior. Al parecer, alguien había entrado para robarle, le

había encontrado en casa, y le había matado. Le había apuñalado y le había arrojado a la bañera. Sus maletas estaban preparadas, como si estuviera listo para marcharse a Maine.

-Es el cuarto ya -dijo Rick cuando Roberta regresó con la noticia.

-Estás bromeando.

-Bueno, cuatro en una docena de años no está mal, supongo, considerando la edad de la mayoría de la gente que vive aquí. Son blancos fáciles para los ladrones, ¿sabes lo que quiero decir?

Ella le miró sin expresión, y luego dijo que tal vez sería mejor que fuera al trabajo, sólo por hacer felices a los jefes. Le ordenó que terminara el desayuno y regresara a la cama. Las píldoras estaban en el cuarto de baño, y llamaría a la hora del almuerzo para ver cómo le iba.

El la acompañó hasta la puerta, la despidió con la mano cuando entró en el ascensor, y pasó el resto de la mañana atrapado por el anciano y la anciana que vivían en la misma planta, todos ellos con teorías sobre la muerte del pobre Fred, todos dispuestos a cambiarse de casa en cuanto pudieran porque la policía no ofrecía ninguna protección, especialmente si se es viejo. Y con el mismo tono lamentaron su marcha, porque ¿quién iba a protegerles de todos los monstruos que había fuera, las cosas, los ladrones? ¿Quién iba a salvarles cuando el bueno de Rick se marchara?

Cuando por fin pudo escapar y regresar a su habitación, tenía sed. Descubrió que no había nada para beber en el frigorífico. Un vistazo a la ventana le mostró a los transeúntes sin abrigo, y tras verificar su vendaje vio que ya no sangraba, ni le dolía, ni siquiera le picaba. Cinco minutos no le harían daño, entonces, se dijo mientras se dirigía al ascensor y pulsaba dos veces el botón antes de que la luz se encendiera; cinco minutos hasta la esquina y vuelta, y luego un poco de lectura, un poco de televisión, una siesta antes de cenar, y tal vez estuviera lo suficiente-mente recuperado para poder ver una película.

Se detuvo en la puerta principal. Miró el pavimento. Sintió una punzada en el costado, un pellizco en la mejilla, se miró el brazo, y vio las primeras gotas de sangre que caían de su pulgar al suelo.

Colocó la mano en el pomo y sintió que la punzada se volvía de fuego. Dio un paso atrás.

Parpadeó.

El ascensor se había ido y subió los peldaños de la escalera de mármol de dos en dos, agarrándose al pasamanos con la mano derecha, apretándose el brazo izquierdo contra el costado. Resoplaba cuando alcanzó el segundo piso, jadeaba en el tercero. Llegó tambaleándose al rellano del cuarto y entró en su casa.

El teléfono estaba sonando.

Lo ignoró y entró en el cuarto de baño, se desnudó y se miró la cara, el costado, el estado de su brazo.

Nada. Arañazos, sin sangre. Se quedó allí hasta que las piernas empezaron a temblarle, contemplándose en el espejo, casi esperando que se le cayera un miembro, que le reventara un ojo, que se le cayera el pelo en manojos radiactivos.

Ermitaño, pensó entonces.

Y Fred muerto, cuando se iba a Maine.

Doce años en el mismo apartamento, haciéndolo suyo, convirtiéndose en parte del lugar, como lo había sido Fred antes de haber decidido retirarse a Maine.

Hubo un quejido.

Doce años manteniendo el mundo al margen.

Y ahora, por fin, cuando quería ver algo de lo que había fuera, más allá del vecindario, más allá de su trabajo, más allá de los monstruos y las cosas y los indios y los gamberros...

Deglutió con dificultad y corrió hacia su cama. Juntó las almohadas contra la cabecera y se quedó allí, sentado, con las piernas cruzadas y la manta hasta la barbilla. Se quedó mirando la luz que desaparecía de la ventana, el pasillo lleno de oscuridad, sin molestarse en extender la mano y encender la lámpara, porque cuando movió el brazo izquierdo vio el corte que se

empezaba a formar en los nudillos, correr hasta ir muñeca, rodear el pulgar, donde se detuvo. Y no sangró.



Librodot